



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

Carta Pastoral en la Campaña de Manos Unidas Febrero de 2010

EL HAMBRE, “RESUMEN DE INJUSTICIAS”

Queridos diocesanos:

Estamos celebrando los cincuenta años de Manos Unidas. Nuestro primer sentimiento ha de ser la felicitación y el agradecimiento a tantas personas que a lo largo de este período de tiempo han ido entregando su tiempo, su disponibilidad y sus energías al servicio de una causa tan noble como remediar *el hambre de pan, de cultura y de Dios* en el mundo.

Cuidar la tierra

Este año la campaña se nos presenta con este lema: “Contra el hambre, defiende la tierra”. Una tierra que Dios puso en las manos del hombre para que la cuidara y no la maltratara, fuera administrador y no dueño y dominador, malgastando y contaminando. La Doctrina Social de la Iglesia es clara a este respecto cuando dice: “El ser humano no debe disponer arbitrariamente de la tierra sometiéndola sin reserva a su voluntad... La tutela del medioambiente constituye un desafío para la entera humanidad: se trata del deber común y universal de respetar un bien colectivo... se extiende no sólo a las exigencias del presente, sino también a las del futuro”. El Concilio Vaticano II, por su parte, afirma que “Dios ha destinado la tierra y todo cuanto en ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la guía de la justicia y el acompañamiento de la caridad” (GS 69).

“Dadles vosotros de comer” (Mt 14,16)

“Dadles vosotros de comer”. Este mandato de Jesús a sus apóstoles ante una multitud que desfallecía por el hambre, sigue siendo actual en los momentos que nos tocan vivir y golpea la conciencia de cuantos nos decimos cristianos, de los que admiran a Cristo o de todo hombre de buena voluntad. Esta urgencia se percibe de manera especial cuando los mecanismos económicos se programan con frecuencia al margen del bien común en el que por serlo todos están llamados a participar, olvidando que el alimento forma parte del derecho a la vida de las personas y de los pueblos. Cuando esto no se tiene en cuenta los empobrecidos son los más afectados. Lo obvio nos está pasando desapercibido, distraídos como estamos en nuestras elucubraciones. Es posible que en nuestro entorno no nos sintamos inmersos en la realidad del hambre, pero esto no quiere decir que no exista.

El hambre, “resumen de injusticias”

El hambre, “ese resumen de injusticias”, aumenta cada vez más y no sólo en los países en vías de desarrollo. En 2009 las personas desnutridas superaron los mil millones, una sexta parte de la humanidad. Es el mayor incremento registrado de personas que han traspasado el umbral de la desnutrición. Las actuales circunstancias económicas han invertido la tendencia que había visto disminuir el número de personas que pasan hambre, hasta tal punto de que no es equivocado decir que ninguna parte del mundo puede sentirse inmune a un fenómeno como el hambre. El aumento más significativo, del 15,4%, se ha verificado en los países desarrollados. “El hambre es el signo más cruel y concreto de la pobreza”. Esto nos tiene que motivar a multiplicar los esfuerzos para que el problema del hambre en el mundo vaya encontrando la solución pertinente. Los analistas económicos consideran que “la cuestión es sobre todo política. Este aumento del hambre a nivel planetario no es consecuencia de cosechas poco satisfactorias, sino de la crisis financiera y económica mundial que ha reducido las rentas, ha aumentado el



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

paro y ha reducido ulteriormente las posibilidades de acceso a los alimentos de los pobres". En todo caso, erradicar el hambre debería ser objetivo prioritario en las preocupaciones de los gobernantes del mundo en cuya agenda ha de estar reiteradamente presente esta preocupación, pero también de los gobernados pues siempre podremos hacer algo más de lo que estamos haciendo. Es una cuestión humana que no nos puede dejar indiferentes.

Un nuevo estilo de vida

Más allá de las políticas económicas que pueden configurar un nuevo orden económico para que ninguna población quede al margen del desarrollo, y que tienen que asumir quienes están en la obligación de hacerlo, es preciso dar pasos a un nuevo modelo de vida que exige una educación, una cultura y una actitud religiosa con toda su fuerza espiritual para frenar el proceso de despersonalización que padecemos. La respuesta no es fácil pero sin embargo no es imposible. La presente situación supone una oportunidad para la comunidad global de cara a dirigir juntos esta crisis y asumir las propias responsabilidades ante nuestros semejantes. No es justo vivir en la opulencia y en el derroche cuando el drama del hambre adquiere cada vez mayores dimensiones. "Reconocer el valor trascendente del hombre y de la mujer es el primer paso para favorecer la conversión del corazón que pueda sostener el esfuerzo para erradicar la miseria, el hambre y la pobreza en todas sus formas". Se necesitan una profunda solidaridad y una fraternidad de larga mirada, que conllevan una necesaria modificación de los estilos de vida y de las formas de pensar, en un proceso de conversión que nos lleva a mirar a Dios y a los demás porque Dios siempre nos llama desde el prójimo en las situaciones concretas en que se encuentra, sobre todo en las situaciones más vulnerables. Para el seguidor de Jesús la fraternidad no es una exigencia más sino la forma de construir el Reino de Dios.

La experiencia demuestra que las soluciones técnicas, incluso las más avanzadas, carecen de eficacia si no tienen como referencia a la persona, principal protagonista que, en su dimensión espiritual y material, es el origen y el fin de toda actividad. El drama del hambre podrá ser vencido sólo "eliminando las causas estructurales que lo provocan y promoviendo el desarrollo agrícola de los países más pobres mediante inversiones en infraestructuras rurales, en sistemas de irrigación, en transportes, en organización de los mercados, en formación y difusión de técnicas agrícolas apropiadas, capaces de utilizar lo mejor posible los recursos humanos, naturales y socioeconómicos mayormente accesibles a nivel local"¹.

Los cristianos sabemos que nuestra vocación es estar siempre al lado de los últimos pues como Jesús estamos llamados a servir y no a ser servidos. Esto exige promover, apoyar y participar en los esfuerzos que permitan que cada persona disponga de los medios necesarios para garantizar adecuadamente todo aquello que necesite material y espiritualmente para su desarrollo integral, recordando lo que decían los Padres: "Alimenta al que muere de hambre, porque si no lo alimentas, lo matas".

Os saluda con afecto y bendice en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela

¹ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, nº 27